

ARZOBISPO
Ricardo Blázquez Pérez

Conferencia

IV ENCUENTRO NACIONAL DE MUJERES COFRADES 2011 - MEDINA DEL CAMPO (VALLADOLID)

Mujeres en la pasión de Jesucristo: La Verónica

5 de noviembre de 2011

En sintonía con el título del IV Encuentro Nacional de Mujeres Cofrades, he juzgado conveniente recordar a algunas mujeres que aparecen en la pasión del Señor y considerar particularmente el significado de la Verónica. En el relato evangélico y en la piedad popular ocupan un lugar relevante varias mujeres, sobre las cuales se ha detenido el pueblo cristiano.

Recordamos algunas. Ante todo, obviamente, María, la Madre del Señor. A su lado, otras: María, esposa de Cleofás y madre de Santiago (cf. Mt 27,56; Mc 15,40; Lc 24,10; Jn 19,25) (cf. "María, Madre de Santiago", en: *Diccionario de Jesús de Nazaret*, Burgos 2001, p. 800); María Magdalena, que sobresale como discípula de Jesús y aparece en los cuatro relatos evangélicos como testigo de la muerte, sepultura y resurrección del Señor (cf. Antonio Llamas, "Magdalena, María", en *ibíd.*, pp. 762 s.); y Salomé, probablemente la esposa de Zebedeo, que aspiró a que sus hijos ocuparan los primeros puestos en el reino de Jesús (cf. Mt 20,20) (Evaristo Martín Nieto, "Salomé", en *ibíd.*, p. 1182). Esta y otras mujeres acompañaron a Jesús durante su vida pública, subviniendo a sus necesidades (cf. Mc 15,40; Lc 8,2-3), y asistió a su crucifixión (cf. Mc 15,40). Algunas mujeres siguieron a Jesús hasta el Calvario y fueron como enlaces entre la muerte, la sepultura y el sepulcro encontrado vacío, porque Jesús había resucitado. Más

Ambrosio). Estos momentos evangélicos de María en pie junto a la cruz de Jesús y posteriormente del Hijo muerto depositado en brazos de la madre han sido ampliamente meditados por la Iglesia, uniendo Palabra de Dios y comprensibles sentimientos maternos. El cuadro impresionante ha recibido diversos nombres en la historia de la piedad cristiana: el Descendimiento, Jesús puesto en brazos de su Madre, la Piedad, la Virgen de las Angustias, la Soledad, la Dolorosa, Nuestra Señora de los Dolores, la Traspasada... Muchas veces es conocido este momento como la "quinta angustia". La profecía de Simeón dirigida a María (cf. Lc 2,34-35) alcanza aquí su clímax y culminación como rostro elocuente de dolor y piélago de sufrimientos (véase la escultura genial de la Piedad de Gregorio Fernández). María habla el lenguaje maternal a todas las mujeres del mundo que han perdido a sus hijos. La pasión de Jesús y la pasión de los hombres están unidas; aquella ilumina y fortalece a los hombres en su particular camino del Calvario.

1. La Verónica

A continuación me voy a detener en la Verónica, de la que no hablan los evangelistas, pero sí la tradición piadosa de la pasión del Señor. Su presencia es sintomática de cómo prolonga la devoción cristiana los relatos evangélicos. A la sobriedad evangélica y litúrgica se agregan otros elementos que la humanizan y acercan a la vida circunstanciada de los hombres.

Como introducción y síntesis citamos unas líneas de José Luis Martín Descalzo (*Vida y misterio de Jesús de Nazaret*, Salamanca 1998, p. 1108): «Una antigua tradición coloca aquí a la Verónica, un personaje del que nada nos dicen los evangelistas y que, con toda probabilidad, es un invento de la piedad y ternura cristianas. Durante muchos siglos se experimentó entre los creyentes el deseo, la necesidad, de poseer la verdadera imagen, el auténtico rostro de Jesús. Y de este deseo surgió la piadosa leyenda de una mujer que en el camino del Calvario habría limpiado, conmovida, el rostro de Jesús, rostro que habría quedado impreso en el blando lienzo. Este verdadero rostro, este "vero icono" se habría transmutado en el nombre de la mujer Verónica, la más bella leyenda de la cristiandad joven. Ninguna otra, en efecto, refleja mejor

¿Quién es la Verónica? ¿Cómo surgió la tradición del lienzo de la Verónica en que quedó grabada la imagen de Jesús cuando limpió su rostro camino del Calvario? Podemos resumir en los siguientes términos la formación de la leyenda larga y compleja desde los orígenes hasta su consolidación. En un primer momento habría una carta de Jesús a Abgar, rey de Edesa y leproso. En reconocimiento de su curación, el rey habría mandado que su pintor realizara un retrato de Jesús. A esta imagen se le atribuyeron virtudes milagrosas y se llegó a la conclusión de que no era obra de mano humana, ya que el mismo Jesús habría impreso sus rasgos sobre el velo (cf. Eusebio de Cesarea, *Historia Eclesiástica*, I, 13, 1-11). En la continuidad y amalgama de ingredientes de la tradición entraría también el que una princesa llamada Berenice (Berenika-Verónica) habría sido curada en el siglo IV por la imagen impresa en el lienzo. Uniendo cabos de manera sorprendente, esta princesa habría sido identificada con la mujer que padecía flujo de sangre y fue curada por Jesús según la narración evangélica (cf. Mc 5,25-34). La imagen habría pasado a Roma, donde por su medio fue curado Tiberio (cf. Aurelio de Santos Otero, *Los evangelios apócrifos*, Madrid, 5.^a reimpresión, 2006, pp. 260-265). Esta reproducción del rostro de Jesús fue denominada en bizantino "vera icon" ("verdadera imagen"). «*De la verónica (imagen) se acabó por hacer una mujer*» (Verónica, en: *Gran Enciclopedia Larousse*, 12, p. 11439). A finales de la Edad Media, la Verónica fue situada al lado de las mujeres de las que se hace mención en la pasión de Jesús (cf. Lc 23,27), pasando a ser ella el personaje central de la sexta estación del Viacrucis: "La Verónica limpia el rostro de Jesús". La antigüedad cristiana desconoció a la Verónica, cuyo nombre no figura en el martirologio romano y cuyo culto es tardío. En Roma se veneraba una imagen de Jesucristo llamada "velo de la Verónica", conservada primero en la iglesia de San Silvestre y desde 1870 en la Basílica de San Pedro. Aquí estaría el origen del culto a la Santa Faz, nombre que llevaría desde su profesión religiosa santa Teresa de Lisieux, "Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz".

Los artistas representarán a la Verónica sosteniendo con ambas manos el velo donde se habría impreso milagrosamente el rostro de Jesús. En la antigua Pinacoteca de Múnich (Alemania) se conserva un cuadro de santa Verónica y la Santa Faz, pintado hacia el año 1410. Posteriormente fue repetido el motivo por el Greco, Zurbarán, etc.

El rostro de Jesús, unas veces ha reflejado más al crucificado como el que reina desde el madero

Los evangelistas no nos describen el rostro de Jesús; hablan, en cambio, de su mirada, que seguramente les impresionó. Marcos insiste con frecuencia: «y mirándoles, dijo». Se unen la mirada y la palabra fortaleciéndose mutuamente como signos de la comunicación; con la mirada la palabra se hace más penetrante. «*Mirándoles con ira, apenado por la dureza de su corazón, dice al hombre: "Extiende la mano". Él la extendió y quedó restablecida*» (Mc 3,5). «*Él, volviéndose y mirando a sus discípulos, reprendió a Pedro, diciéndole: "¡Quítate de mi vista, Satanás! Porque tus pensamientos no son los de Dios sino los de los hombres"*» (Mc 8,33). «*Jesús, mirándolos fijamente, dice: "Para los hombres es imposible; pero no para Dios, porque todo es posible para Dios"*» (Mc 10,27). «*Y mirando en torno a los que estaban sentados en corro, a su alrededor, dice: "Estos son mi madre y mis hermanos"*» (Mc 3,34). «*Jesús, fijando en él su mirada, le amó y le dijo: "Una cosa te falta: anda, cuanto tienes véndelo y dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; luego, ven y sígueme"*» (Mc 10,21). La mirada de Jesús unas veces es de indignación y de reprensión; otras de complacencia, de amor y de confianza. Es verdad que la mirada es lo más elocuente del hombre, pero nada se nos dice de los gestos del rostro (cf. Mc 5,32; 10,23). Algo singular han encontrado en el Hombre de la Sábana Santa quienes buscan su rostro.

¿Cómo es el rostro del Hombre de la Sábana Santa? Teniendo ante los ojos el rostro del Santo Lienzo, léase todo el Evangelio, y se le verá pasar de una expresión a otra: rostro santo y majestuoso, airado por el celo de Dios, manso, sublime, doloroso, alentador, amable, misericordioso y compasivo. Aunque no es la imagen de un rostro vivo, llama la atención y se impone su nobleza, su serenidad, su sencillez, su grandeza, su realismo. Daniel-Rops escribió: «*Cara de inefable y serena belleza y de una majestad verdaderamente sobrehumana*». El cardenal Michele Pellegrino, que fue arzobispo de Turín: «*Cara que inspira amor*». Paul Claudel: «*Más que una imagen es una presencia*». Antonio Tonelli, especialista en sindonología: «*Sobre este rostro se traslucen sentimientos de dolor tranquilo y resignado, de tristeza dulce y suave, que se unen admirablemente a una actitud de serena majestad. Tiene los ojos cerrados, pero no parece muerto. Mirando con detenimiento la imagen, uno no sabe afirmar si representa a un cadáver o a un hombre dulcemente dormido*». Arthur Loth, especialista en la Sábana Santa: «*Lo que más sorprende en esta conmovedora aparición es la serena grandeza, la calma divina de aquel rostro, a pesar de las crueles señales de toda clase de sufrimientos. Algo cautiva la atención. Es la especie de vida misteriosa que conserva*

que su imagen se adhiriera en él eternamente, / hecha con su sangre, sus lágrimas y nuestros desprecios!» (cit. en: *Ecce Homo*, p. 135).

Juan Pablo II escribió a este propósito: «*El velo, sobre el que queda impreso el rostro de Cristo, es un mensaje para nosotros. En cierto modo nos dice: "He aquí cómo todo acto bueno, todo gesto de verdadero amor hacia el prójimo, aumenta en quien lo realiza la semejanza con el Redentor del mundo". Los actos de amor no pasan. Cualquier gesto de bondad, de comprensión y de servicio deja en el corazón del hombre una señal indeleble, que lo asemeja un poco más a Aquel que "se despojó de sí mismo tomando la condición de siervo" (Flp 2,7). Así se forma la identidad, el verdadero nombre del ser humano*» (Viacrucis en el Coliseo, Viernes Santo de 2000; cit. en p. 136).

Fray Luis de León, en su obra *De los nombres de Cristo* (Madrid BAC 4.^a ed. 1957), dedica un capítulo al rostro de Cristo, a las "Faces de Dios", como él lo titula. Aunque ya en tiempo de fray Luis de León se consideraba anticuado el plural "faces" en lugar del singular "faz", el autor se ajusta al plural hebreo *panim*. Un lugar bíblico fundamental para Fray Luis es la bendición contenida en el libro de los Números: «*Descubra Dios sus Faces a ti y haya paz de ti. Vuelva Dios sus Faces a ti y dete paz*» (p. 445). Con la traducción litúrgica actual: «*El Señor te bendiga y te proteja, ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor; el Señor se fije en ti y te conceda la paz*» (Nm 6,24-26). ¿Por qué podemos decir que Cristo es el rostro, la cara, las faces de Dios? «*Decimos que Cristo-hombre es Faces y Cara de Dios, porque como cada uno se conoce en la cara, así Dios se nos representa en Él y se nos demuestra quién es clarísima y perfectamente. Lo cual en tanto es verdad, que por ninguna de las criaturas por sí, ni por la universalidad de ellas juntas, los rayos de las divinas condiciones y bienes relucen y pasan a nuestros ojos, ni mayores ni más claros ni en mayor abundancia que por el alma de Cristo, y por su cuerpo, y por todas sus inclinaciones, hechos y dichos, con todo lo demás que pertenece a su oficio*» (pp. 447-448). Recordemos unos versos de la Oda a la Ascensión del mismo fray Luis de León: «*¿Qué mirarán los ojos / que vieron de tu rostro la hermosura, / que no les sea enojos? / Quien gustó tu dulzura, / ¿qué no tendrá por llanto y amargura?*».

La Palabra hebrea "*panim*" significa 'rostro, faz, cara, semblante'. Las palabras "rostro" y "nombre" son antecedentes bíblicos de lo que será en nuestra cultura "persona". «*Facies, animi imago*»; el rostro es